

Artículo 3.º En el salón rectoral del Instituto Universitario será colocado solemnemente un retrato al óleo del doctor Carrasquilla como homenaje a la memoria del muy ilustre Rector del Colegio del Rosario.

Artículo 4.º En el presupuesto de la próxima vigencia será apropiada la partida necesaria para dar cumplimiento a esta ordenanza.

Artículo 5.º Sendos ejemplares de esta ordenanza serán enviados al Gobernador de Cundinamarca, al Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y a los deudos del finado.

Dada en Manizales, a nueve de abril de 1930.

El Presidente, FRANCISCO MONTOYA G.

El Secretario, *Marino Gómez*

Gobernación del Departamento.—Manizales, abril diez de mil novecientos treinta

Publíquese y ejecútese.

DANIEL GUTIERREZ Y ARANGO

El Secretario de Gobierno, *Antonio Arango G.*

MONSEÑOR CARRASQUILLA

La ciudad rindió ayer solemne testimonio de respeto a la memoria de Monseñor Rafael María Carrasquilla.

Deliberadamente nosotros nos habíamos abstenido de decir nuestra impresión de lo que significó en la vida este ilustre desaparecido, dejando a plumas doctas, como las que han visto la luz pública, el trazar el boceto biográfico y crítico del preclaro rector del Rosario. Al solidarizarnos hoy con la ciudad en el tributo a la memoria del gran muerto, comprendemos que no po-

demos hacerlo sin expresar, como periodistas, el sentido de nuestro homenaje espiritual.

Es un lugar común afirmar que Colombia lamenta hoy la muerte de un grande hombre, en las letras, en la filosofía y en el patriotismo. Sus oraciones fúnebres, sus panegíricos y sus discursos serán consultados como modelos de literatura castellana en todos los tiempos. Su amor a Colombia, su preocupación constante por la suerte moral de la patria, serán siempre dignos de solicitarse como guiones supremos de las generaciones nuevas que vayan sucediéndose en la vida nacional.

En Monseñor Carrasquilla sobresalía el filósofo, el metafísico, el hombre que buscaba las últimas causas de las cosas y de los fenómenos universales. Amaba, por sobre todo, las síntesis doctrinarias, buscaba la concentración de la sabiduría humana en fórmulas breves, concisas, cuya explicación, como maestro, hacía siguiendo la rigurosa concatenación de casualidad conforme a los procedimientos del Aquinate. Haciendo abstracción de los pliegues numerosos de las ciencias naturales, de la historia y de la sociología, no tomando de estas disciplinas sino lo necesario para dar un fundamento realista a sus concepciones generales, nos deja escritos cuidadosos textos de enseñanza filosófica. Superándolos a todos, prolongaba en nuestra época a José Manuel Groot, a Miguel Antonio Caro, y demás célebres colombianos, humanistas filósofos, para quienes la vida íntegra y el progreso de un pueblo valían poco siempre que pudieran construir con lógica rigurosa y convincente, frente a un adversario intelectual, un silogismo oportuno, pleno de verdad cristiana.

Por este aspecto, Monseñor Carrasquilla como sus predecesores y contemporáneos, era un espíritu profundamente desadaptado a su patria y en general a la patria grande americana. Si no se tomara como una pro-

fanación a su memoria, nosotros diríamos que este tipo de humorista ha sido funesto para el progreso de nuestros pueblos, porque allí donde han florecido, las generaciones escolares los han tomado como modelos de su actividad científica, como prototipos del hombre que necesita la raza para asegurar su supervivencia espiritual. Bajo su apostolado, las juventudes universitarias han venido inclinándose con testarudez a las disciplinas simplemente académicas, a las profesiones liberales cuyo ejercicio es muy poco indispensable en pueblos en formación, prefiriéndolas a las investigaciones científicas sobre nuestro suelo, nuestro medio social, nuestra zona geográfica y a las profesiones prácticas derivadas de estas investigaciones cuyo ejercicio es lo que necesitan con urgencia los países americanos que confrontan, como nadie, el elemental problema de sostener la vida, de defenderla adecuada y oportunamente contra las diversas amenazas del trópico.

Primum vivere, deinde philosophari, primero vivir, después filosofar, decía ya un antiguo sabio ateniense. Nuestros pueblos están aún en la primera época, su problema es vivir, asegurar «un puesto bajo el sol», dominar la bravía naturaleza que los rodea. De lo que tienen urgencia es de geólogos, de mineralogistas, de botánicos, de zoólogos, de ingenieros, de agrónomos, de veterinarios, de capitanes de la industria, de hombres que estudien los recursos de nuestra naturaleza, que nos defiendan de ella, que encaucen todos sus factores hacia la prosperidad común.

Monseñor Carrasquilla y sus semejantes de hoy y de ayer se anticiparon demasiado al ciclo histórico colombiano que les corresponde. Ellos estarían muy bien venidos cuando ya los colombianos hayan descubierto la tierra que poseen, cuando hayan aprendido a sembrarla, a cultivarla y a cosecharla; cuando hayan

encontrado los medios de combatir las enfermedades del trópico, y sepan dominar la naturaleza salvaje que les ha tocado en suerte; cuando nuestros pueblos, asegurada así la existencia corporal, puedan darse el lujo de una clase social ociosa, diletante y cosmopolita, a la cual sea necesario definirle, en el caos de los más contradictorios conceptos, qué es la vida, y cuáles las normas ciudadanas a las cuales debe someter su conducta para merecerla. La república ha cometido el error de pretender anticiparse a su natural evolución histórica constituyéndolos en mentores intelectuales, en modelos absolutos de la actividad nacional.

Es este el drama que hallamos envuelto en vidas prestantísimas como la de Monseñor Carrasquilla. Su ausencia de entre nosotros coincidió exactamente con un momento culminante de nuestra historia, cuando la nación se dispone a tomar conciencia de que es una colectividad aún primitiva donde el filósofo tiene que ceder su campo de acción a otros factores de dirección, menos valiosos en abstracto, pero más acordes con la situación actual de los colombianos, frente a su inexplorada naturaleza, y a sus problemas de vigorización autóctona.

Pero si el filósofo no ha de tener actualidad durante muchos lustros en el país, la memoria del gran patriota y del gran trabajador intelectual, sí constituirá, sin duda, un generoso y eficaz ejemplo para las próximas y para las posteriores generaciones colombianas.

(*La Patria*.—Manizales).

